

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



Intelectuales y kirchnerismo: el debate por la hegemonía cultural

Guido Montali

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e247>

Recibido: 30-09-2019 Aceptado: 13-03-2020

Intelectuales y kirchnerismo: el debate por la hegemonía cultural

Intellectual and kirchnerism: the discussion for cultural hegemony

Guido Montali montaliguido@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-4538-711X>

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Resumen

En este artículo recuperamos algunas de las reflexiones que parte del campo intelectual argentino produjo en torno al kirchnerismo como proyecto político. Presentamos principalmente autores que apoyaron explícita o moderadamente al gobierno y que se preguntaron por la naturaleza de su construcción hegemónica en términos culturales. Esas reflexiones tuvieron como uno de sus ejes vertebradores las alusiones a la composición identitaria del kirchnerismo, siendo las tradiciones, los imaginarios y los lenguajes sus principales herramientas de análisis.

Question, Vol. 1, N.º 65, abril 2020. ISSN 1669-6581

Instituto de Investigaciones en Comunicación | Facultad de Periodismo y Comunicación Social | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Página 1 de 16



Palabras Clave: kirchnerismo; intelectuales; hegemonía cultural.

Abstract

In this article we recover some of the reflections that part of the Argentine intellectual field produced around kirchnerism as a political project. We present mainly authors who explicitly or moderately supported the government and who wondered about the nature of their hegemonic construction in cultural terms. These reflections had as one of its axes allusions to the identity composition of kirchnerism, with traditions, imaginary and languages being its main analysis tools.

Keywords: kirchnerismo; intellectual; cultural hegemony.

Introducción: precisiones de enfoque

Quisiéramos comenzar con un recaudo en el uso del concepto de hegemonía: si la apropiación gramsciana permitió la discusión con el determinismo económico o con la primacía ontológica de una dimensión de lo social sobre otra que se reconocía en ciertos desarrollos del marxismo mecanicista, es igualmente necesario no caer en la postulación de una autonomía total de la cultura. Coincidimos con Waiman en su delimitación de los aspectos y formas culturales de la hegemonía:

Hegemonía a secas definirá para nosotros a la correlación de fuerzas del conjunto de las relaciones sociales (económicas, políticas, significantes), mientras que nos referiremos a los aspectos y las formas culturales de esa hegemonía para pensar analíticamente las relaciones de subordinación y dominación en la esfera de la producción de sentidos (Waiman, 2015, p. 10)

Pensar una hegemonía en su plano cultural significa entonces analizar los elementos discursivos, ideológicos e identitarios en una determinada forma de dominación que los incluye pero que no la agota. Al mismo tiempo, creemos que es preciso reconocer cuáles son los soportes materiales de su construcción: sus modos de producción, sus instituciones, sus medios de difusión y los actores y relaciones sociales que participan de ese proceso. Entre los



elementos culturales, las instituciones y los actores y sus relaciones se desarrolla esa disputa por la producción de sentidos sobre el mundo social que configura la dimensión cultural de la hegemonía.

Gramsci ha subrayado que no sólo las grandes ideas filosóficas o aquellas sistemáticamente ordenadas contribuyen a la consolidación de una hegemonía, sino que es en las formas de conciencia práctica (Williams, 2009) o en el sentido común donde esta debiera estudiarse. El terreno ideológico es uno de los que contiene las disputas en torno a las significaciones sobre el mundo social y en él puede pensarse la reunión de esos niveles que, si quisiéramos establecer algún criterio de segmentación, podríamos decir que se ordenan a partir de sistematizaciones o coherencias internas. En otras palabras, para Gramsci lo que diferencia a la *filosofía del sentido común* como niveles ideológicos es su grado de sistematicidad. Pero ambos están presentes en las disputas por el sentido. Nos interesa situar en este punto a un actor social particular: el intelectual.

Conocida es la idea gramsciana acerca de que todos los hombres son de algún modo intelectuales pero que no todos tienen en la sociedad la función de intelectuales (Gramsci, 2004, p. 391). Serán esas funciones las que los y las distinguen, funciones asociadas fundamentalmente a la producción de hegemonías. Esto puede vincularse con algunas ideas de Bourdieu. Para el pensador francés lo que debe analizarse es la posición que los intelectuales ocupan en el espacio social: los campos de la cultura, la ciencia, el arte y la literatura, en tanto campos de producción, distribución e inculcación de bienes simbólicos. El reconocimiento de ese papel de parte de la sociedad es el rasgo que define la posición del intelectual en ella (Altamirano, 2013, p. 103). La figura del intelectual entonces puede asumir distintas definiciones según su ubicación posicional en la sociedad, según su *legitimación* en función de certificaciones académicas o a partir de trayectorias reconocidas que les confiere el capital de voces *expertas*. También en determinadas coyunturas puede presentarse en una relación explícita con el mundo político, asumiendo la suya como una tarea *comprometida* o directamente *orgánica* a determinados intereses. Siguiendo a Altamirano (2013), esta es una tradición generada que pone en primer plano el compromiso ético-político, una tradición que llama «normativa». Lo cierto es que la combinación de estos elementos contribuye a definir su relación con la sociedad que es, en definitiva, la que le termina otorgando el reconocimiento.

Ahora bien, ¿cómo podemos interpretar la labor intelectual, como parte de la dimensión cultural de la hegemonía, cuando el objeto de sus reflexiones es un proyecto político particular? O, mejor expresado, cuando se encarga de discutir los sentidos sobre la implicancia de aquel en lo que tiene de influyente sobre el presente, pero también en lo que refiere a alguna tradición política. En este texto tenemos como objetivo analizar la forma en que algunos y algunas



referentes del campo intelectual argentino han interpretado la significación del *kirchnerismo* en la vida política nacional. Nos interesa comprender cómo desde posiciones predominantemente favorables al que fuera gobierno nacional entre 2003 y 2015 la cuestión de la hegemonía cultural estuvo en el centro de las discusiones. No debiéramos, sin embargo, dejar de ser precavidos en este aspecto, puesto que:

Hablar de los elementos culturales de la hegemonía kirchnerista debe llevarnos a pensar el discurso que se articula desde el gobierno y desde los dispositivos culturales del mismo, como forma de simbolizar la historia pasada y presente, como la forma de concebir los límites de la acción política y económica; como forma de simbolizar la realidad que intenta imponerse como dominante. Luego deberíamos ver la efectividad de ese relato, su capacidad de convertirse en sentido común. Nos topamos con un problema metodológico: el de encontrar indicadores de hegemonía sin quedarnos solamente con lo que aparece como “opinión pública”. Es decir, la necesidad de encontrar una forma de saber en qué medida esa visión del mundo opera cotidianamente en la conciencia práctica de los individuos” (Waiman, 2015: 22)

Advirtiendo estos límites, queremos indagar de qué modo esta parte del campo intelectual argentino pensó al kirchnerismo como proyecto hegemónico. Sabemos que también desde ese mismo campo pueden surgir contribuciones que en determinadas circunstancias coadyuvan a la formación de las visiones del mundo que luego podrán ser parte de las “conciencias prácticas” de actores sociales externos al campo o, en otros términos, a la formación de “sentido común”. Esto vuelve a plantear el problema de los «indicadores» a los que se refiere el párrafo que hemos citado. De nuevo: en este artículo no vamos a trabajar en ello, sino que nos proponemos realizar lecturas sobre textos de referentes de la producción intelectual que acompañaron las vicisitudes de los gobiernos kirchneristas con un apoyo explícito o atenuado, intentando extraer de ellos: 1- cómo analizaron el impacto del kirchnerismo en la sociedad argentina; 2- de qué modo interpretaron a este proyecto político como parte de una tradición política nacional (el peronismo), tanto en lo que *traía* de aquel como en lo que contribuía a *renovarlo*; 3- consecuentemente, qué discusiones produjo en los planos ideológicos y en las memorias políticas nacionales. Para ese análisis hemos tomado principalmente dos fuentes: 1- notas publicadas en el diario *Página/12*, el periódico de tirada masiva más importante desde donde estas voces elegían expresarse (piénsese, por ejemplo, que fue el principal difusor de las sucesivas *cartas* de Carta Abierta); 2- determinados libros escritos por animadores de estas discusiones. La mayoría de los nombres que aparecerán en las páginas siguientes tendrán alguna relación con el espacio Carta Abierta, mencionaremos algunas de sus cartas cuando nos parezca necesario establecer las similitudes entre aquellas y las ideas que se formulan individualmente. Reconstruir un análisis interpretativo de las *cartas* no es un trabajo que



encaremos aquí, entendiendo que requeriría un tratamiento específico por el peso de su actuación en la coyuntura argentina de entonces.

El kirchnerismo y la adhesión de un sector intelectual: la recomposición de la narrativa nacional-popular

En la reedición del libro *Peronismo y cultura de izquierda* (2011) Carlos Altamirano realiza una relectura de su propio epílogo escrito cuando el texto fuera editado por primera vez en 2001. Allí sostenía:

Actualmente ya no se piensa el peronismo en los términos de hace treinta o cuarenta años. Ya no representa el mal, como en los ojos de la izquierda liberal, pero tampoco la Revolución (...) ¿Quién podría insertar todavía en las líneas de un discurso militante que el peronismo es el 'hecho maldito del país burgués'? (201, p. 10)

Sin embargo, sucede que en el contexto de 2011:

Ya no podría suscribir, sin más, estas palabras, que reflejaban la convicción de que se asistía al fin de una época en la ideología argentina (...) Con los gobiernos de Néstor y, sobre todo, de Cristina Kirchner, se modificó también el clima ideológico (...) Es cierto que sus alusiones a las raíces de la cultura política de la militancia setentista han sido siempre parcas: algunas pocas palabras, sobreentendidos y también silencios; se mencionan los ideales de aquella generación juvenil, por lo general identificados nebulosamente con la justicia, pero no se evocan ni la idea de revolución ni el socialismo nacional. El nombre de Perón casi no tiene lugar en esa imagen estilizada del pasado. Para una parte de quienes sobrevivieron a la experiencia de la JP, luego del enfrentamiento con Perón de 1974 el peronismo verdadero, es decir, lo que este significaba como promesa de liberación, no se hallaba encarnado ya por el viejo líder, sino por la juventud cuya movilización había hecho posible su retorno (...) El setentismo es uno de los hilos con lo que se halla tejido el relato nacional-popular de estos días y en cuya composición han colaborado muchas plumas, no todas tributarias de la izquierda peronista. El relato no electriza los ánimos, como ocurría con la nueva generación de clase media entre 1972 y 1974, pero es parte del reencantamiento ideológico con la política que se observa en ese mismo sector del mundo social y cultural (2011, pp.11-12)

En palabras de Altamirano, el revitalizado tejido del relato nacional-popular es parte en el 2011 de un nuevo clima ideológico generado en la Argentina bajo el signo kirchnerista. Si la crisis de 2001 había derivado en reflexiones sobre las posibilidades de un variopinto espectro de alternativas políticas, su resolución por vía institucional no es sin embargo la de un diluirse de los debates sobre los legados político-ideológicos para la reconfiguración del país. Lo que vendrá es, al menos, un tiempo que abrirá las discusiones sobre sus posibilidades de ser en



términos de *posneoliberalismo*. Sucede que el gigante peronista burocratizado en su estructura partidaria saldrá del reposo que sugería más un fallecimiento que un descanso para nutrir una nueva etapa de la vida política argentina. El peronismo, otra vez, en disputa. Ahora bajo el matiz de una conducción gubernamental que irá progresivamente construyéndose desde una narrativa identitaria que se pretendía más abarcativa: la de lo nacional-popular oxigenada con nuevas vertientes. Así el *kirchnerismo* habrá de ir conformando gradualmente un espacio de identificación política.

Subraya Martín Retamozo (2012) que desde el comienzo de sus gestiones nacionales el gobierno de Néstor Kirchner «regeneró una superficie de inscripción nacional-popular» que favoreció el encuentro entre intelectuales tanto de origen peronista como provenientes de tradiciones de izquierda, convocados por enunciados como la política de derechos humanos o la integración latinoamericana. Desde la perspectiva del autor se irían consolidando tres espacios de discursividad intelectual en torno al kirchnerismo: 1- aquel que destaca positivamente las rupturas del kirchnerismo respecto al neoliberalismo, 2- el que señala las continuidades e incluso profundizaciones del orden neoliberal, 3- quienes postulan una configuración de populismo autoritario en el nuevo gobierno. Agreguemos que entre los representantes de los últimos dos no pocos vieron en el kirchnerismo una suerte de impostura ideológica, más batalladora en el plano discursivo que en los efectos concretos de sus políticas públicas. Los hechos de gobierno, sea en notas periodísticas, apariciones en medios de comunicación audiovisual o intervenciones académicas se irán moldeando interpretativamente en torno a alguno de esas posturas. Es notable también que a raíz de la coyuntura del 2008 y la *crisis con el campo* se producirá la proliferación de la intervención intelectual a partir de *colectivos* (Carta Abierta, Club Político Argentino, Aurora, Plataforma 2012) y ya no sólo como individualidades. Según Retamozo:

La irrupción del kirchnerismo como proceso político trastocó, entre otros ámbitos, el campo intelectual. La reemergencia del espectro de lo nacional y popular, la matriz plebeya del peronismo, los tiempos latinoamericanos y un conjunto de decisiones tomadas en torno a las demandas sociales despertaron imaginarios aletargados y activaron esa máquina de hacer mitos que es el peronismo, ahora en clave kirchnerista. La agudización del conflicto en la coyuntura del 2008, y la persistencia del kirchnerismo como fenómeno (como gobierno, movimiento e ¿identidad?), requirieron de la palabra. Allí los intelectuales se posicionaron, más allá de la coyuntura, como una respuesta a los tiempos que corren (2012, p. 18).

Será por estos debates que suscitó el kirchnerismo en el campo intelectual que Horacio González, en el libro que dedica a su estudio, enfatiza en su subtítulo «una controversia cultural» (González, 2011). Es profusa y nutrida la escritura de González, aun durante su



gestión al frente de la Biblioteca Nacional (2005-2015) no dejó de producir ensayos, escribió tres novelas, publicó cuantiosamente en distintos periódicos y fue miembro destacado de Carta Abierta (en la que se percibe el registro escritural del autor): analizar su producción sólo en esos años bien podría llevar un trabajo en sí mismo. Pero sucede que, entre todo aquello, decidió publicar un libro dedicado específicamente al fenómeno kirchnerista, al que atenderemos particularmente. El de González es un caso interesante para analizar el cruce del intelectual con el del funcionario público, el del militante del peronismo juvenil de los sesenta y setenta (una de las veinticinco historias que nutren los voluminosos tomos de *La Voluntad* es precisamente la de González) con el animador de las polémicas sobre las tradiciones político-culturales de Argentina.

Su libro sobre el kirchnerismo tiene un contexto de producción preciso: es publicado en 2011 con la muerte de Néstor Kirchner aun conmoviendo la escena política («Ha muerto Néstor Kirchner y la memoria pública adquirió nuevas escenas (...)» comienza el capítulo 3); también presenta un objetivo particular: revisar la recepción cultural del kirchnerismo (analizando las lecturas de algunos intelectuales en el capítulo 2); y se hace dos preguntas: la primera sobre la naturaleza de la identidad política del kirchnerismo y la segunda, que en su momento estaba abriéndose, sobre la posibilidad de un nuevo mito político. Pregunta esta que lo lleva, al modo González, a vincularse con Gramsci.

Aun cuando está cargado de referencias teóricas, el estilo ensayístico de González no pretende analizar sus materiales desde algún marco teórico explicitado. Es claro que lo hay, que el análisis cultural es su punto de partida y que las identidades políticas encuentran en las referencias simbólicas, las alegorías y los lenguajes sus objetos de preferencia. González parte de una pregunta: ¿a qué se llama kirchnerismo? El concepto *kirchnerismo* en términos de pertenencia histórica y política es el problema principal del libro. Sus objetos son textos, nombres y símbolos: si bien el kirchnerismo no produjo *textos* que lo expliquen o lo articulen como proyecto (algo que Carta Abierta habrá de señalarle) sí ha sido a vista del autor un fuerte productor de simbologías. La vinculación entonces del kirchnerismo con el peronismo es la preocupación de buena parte de su escritura:

El kirchnerismo ha seguido un programa implícito, contrario al neoliberalismo económico de la época anterior y promotor de conductas públicas del Estado en el mundo productivo, económico en general (...) En verdad nunca hubo un programa explícito, sino evocativo. Un collage de discursos rememorantes de los fuertes años del signo nacional-popular –los míticos setenta-, que se lanzaban en distintas ocasiones, dando lugar a la creación de una atmósfera evocadora de los nacionalismos populares y estatistas de los ciclos históricos anteriores (2011, p.42)



Para el ensayista el peronismo engloba en su «hospitalidad» tradiciones políticas cuantitativamente menores, unificándolas de algún modo nunca resuelto ni claro (más bien por el beneficio de su carácter poroso) pero cobijándolas en distintas manifestaciones ya que «las luchas sociales van adquiriendo los nombres que le dan las circunstancias toponímicas de cada sociedad» (González, 2011, p.48). El kirchnerismo se reconoce fundamentalmente en el peronismo, aun con una simbología de su líder histórico pretendidamente diluida, amparándose en la noción de lo nacional-popular y con una cuestión a resolver: ¿qué hacer con Perón? En tiempos de reconstrucción de la institucionalidad post crisis de 2001 y en la hora de la *transversalidad*, no era una respuesta sencilla. Digamos nosotros, excusando a González de esto, que no era sencilla por al menos dos motivos: el primero es la memoria del último peronismo, aquel fundido en el neoliberalismo menemista que le quitaba todo atisbo de movimiento emancipatorio. La segunda, ya más cerca de la pregunta de González, qué hacer con Perón luego de la experiencia setentista que Kirchner proclamaba como marca generacional en su discurso de asunción presidencial.

González se plantea estas preguntas pensando cómo el kirchnerismo orilló con otras tradiciones políticas en sus comienzos, antes de que Kirchner decidiera tomar las riendas del Partido Justicialista. Claro que orillar otras tradiciones acaso sea una práctica sensata de construcción política cuando *kirchnerismo* no es aún un nombre identificador como logrará serlo luego. El peronismo, en materia de identidades, representa para el entonces director de la Biblioteca Nacional un «estado tolerado de indecisión en el lenguaje» (2011, p. 58), buen ocultador de fracturas efectivas en el campo social y la vida política. La identidad peronista en los tiempos del kirchnerismo se ancló también en un vocabulario desarrollista. Esto marcaba un hiato que era al mismo tiempo un desafío: cómo religar las ideas de desarrollo (industrialización, pleno empleo, inclusión social vía consumo) con una voluntad emancipatoria, y que ambas sean parte de una misma significación. Este es un punto importante para los ensayistas de Carta Abierta: dar un nuevo nombre al proyecto, un nombre que sea convocante para las militancias no reconocidas directamente en el imaginario nacional-popular, nombre que también sea capaz de nominar un horizonte que rediscuta la noción de capitalismo.¹

Analizada con el transcurso de los años la pregunta por el mito político en torno a la figura de Néstor Kirchner parece tener menor potencia que en el tiempo de la escritura de González. Nos parece sin embargo importante la pregunta porque en el autor está atravesada por la relación con la hegemonía cultural. El mito se relaciona con la hegemonía en la práctica de constitución

¹ Pueden verse esos señalamientos por ejemplo en “Carta Abierta/1” y en “Carta Abierta/4: El laberinto argentino. La excepcionalidad”.



de un punto de referencia nuevo: en este caso una «muerte fecundante» podría haberse constituido en un capítulo reseñable de la historia de la tradición nacional-popular. Cuando la vida biológica de Kirchner termina, González se pregunta por el origen de una nueva vida política, asociada a la constitución de un mito. En lenguaje gramsciano el mito es aquel capaz de aunar voluntades populares dispersas, una suerte de catalizador de pasiones que funciona como punto identificatorio de nuevos agrupamientos. ¿Podía ser la figura de Kirchner, luego de su muerte, algo así? Las escenas de su funeral masivo fueron sorprendentes en número, tanto como en ese mismo 2010 los festejos del Bicentenario en las calles de Buenos Aires, por eso la pregunta no parecía inoportuna. Fundamentalmente por la materialidad en la construcción de esa imagen, que no prescindía del arte industrial y del collage histórico que proponía un dispositivo cultural como 6,7,8, cierto que vilipendiando en los medios de comunicación de mayor difusión, pero no por ello menos importante en la consolidación de la militancia kirchnerista. Otro anclaje material importante fue la construcción del *Néstoronauta*, el héroe colectivo que tomaba su forma del personaje de la historieta de Oesterheld, que comenzó a circular también en los círculos militantes más cercanos a la presidenta. Es que, según González, una de las cualidades de Kirchner como líder político es haber sido un «empirista y un utopista a la vez» (2011, p.178). Entre el urgente y pragmático presente y el llamado militante de carácter emancipatorio se juega para González la identidad kirchnerista.

Así la respuesta a su pregunta central se comprende tanto de un diagnóstico como de una *falta*. El diagnóstico es que el kirchnerismo fue construyendo sus referencias identitarias sobre la memoria del peronismo y la generación militante de los setenta, pero que no lo hizo de un modo abrupto desde sus inicios, sino que lo fue construyendo según su lógica pragmática. En esa lectura de coyuntura, según las correlaciones de fuerzas, edifica sus pertenencias históricas y culturales, algo que desde un diagnóstico similar fue apuntado por otros y otras intelectuales como una impostura. Ese diagnóstico se completa con el llamado a nuevos nombres que amplíen las bases de legitimidad del proyecto nacional-popular, atrayendo otras identidades políticas. Pero esa sugerencia parece poco probable de concretarse cuando el kirchnerismo no es capaz de explicarse a sí mismo, cuando no desarrolla una narrativa aglutinante. Precisamente las primeras publicaciones de Carta Abierta retoman esta dimensión en la que, además, encuentran una labor precisa para el trabajo intelectual.

No parecen lejanas las preguntas que se hacía González (sobre todo las del mito) de aquellas pensadas como anomalía y excepcionalidad en la política Argentina, fórmula de Ricardo Forster, otro de los nombres centrales de Carta Abierta y a la postre secretario de la Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional (2014-2015). Forster asigna al kirchnerismo una potencia principalmente ideológica, una novedad en:



Un tiempo termidoriano que había dejado a nuestras espaldas las grandes ideas de una modernidad en estado de disolución, ideas arrojadas al tacho de los desperdicios o convertidas en objeto de estudio sin relevancia en las encrucijadas del presente, materia prima de historiadores y de arqueólogos de objetos en desuso. Kirchner, su nombre, al igual que otros procesos contemporáneos que se abrieron en Sudamérica, produjo un asalto anacrónico a la fortaleza del 'fin de la historia' y a las resignaciones de una posmodernidad entre banal y despolitizada (2010)

Acaso podamos comprender la lectura que Forster hace del kirchnerismo recurriendo a un texto donde no aborda la cuestión política coyuntural, sino que se presenta como una lectura de época que, para nosotros, debe parte de sus líneas argumentales a las ideas de Nicolás Casullo. El texto al que hacemos referencia se titula *La muerte del héroe*. Allí sostiene:

Cuando algunas décadas atrás se iniciaba la ofensiva contra los grandes relatos y se decretaba (...) su adiós definitivo, lo que en realidad se estaba desmoronando a un ritmo que no imaginábamos tan veloz era la propia trama de la historia, la posibilidad misma de seguir identificando nuestras vidas como deudas de una temporalidad trascendente, como integradas a un escenario atravesado por la lógica del sentido. La demolición de aquellas venerables escrituras que articularon la correspondencia entre lo individual y lo social, entre lo particular y lo universal, entre lo privado y lo público, nos dejó ausentes de nosotros mismos, solos frente a nuestros vacíos y a nuestras insignificancias, preguntándonos cómo se constituye una vida cuando se ha clausurado toda trascendencia, cuando ningún dios queda como depositario de alguna esperanza (2011, p.31).

Decíamos que en ningún momento del ensayo se hace referencia a la coyuntura nacional, pero lo que figura en el fragmento como clima de una época existencialmente despojada de las grandes narraciones políticas que permitían que el *sentido* emerja allí donde lo personal se vinculaba con lo colectivo, y lo que afirma en el párrafo que citáramos previamente respecto al kirchnerismo, funcionan casi como piezas de un rompecabezas. El intelectual de Carta Abierta lee la excepcionalidad kirchnerista en ese cruce: la convocatoria e interpelación subjetiva a ser parte de un proyecto político, aspecto que a comienzos del siglo XXI parecía anacrónico. Forster hace referencia al *sentido* Nicolás Casullo lo había definido como una «narración devenida tiempo histórico» (2007, p. 103). Precisamente se ha sostenido que Forster es discípulo de Casullo², pensador que, según relata González en el libro que analizamos, fue una de las piezas más importantes en la fundación de Carta Abierta. Casullo participó en la presentación de la primera *carta*, falleciendo pocos meses después, en octubre de 2008. Su

² Puede consultarse el artículo de Pulleiro (2017) Ensayando disidencias. La construcción de una posición intelectual heterodoxa en el surgimiento de la Revista Confines (1995-1998), para analizar el trabajo conjunto de ambos autores.



última publicación es el libro *Las cuestiones* (2007) donde hace un repaso por temas que le han interesado a lo largo de su trayectoria intelectual: la revolución, el populismo, la historia y la memoria, los años setenta, la figura del intelectual, las derechas y la cuestión religiosa. Nos interesa particularmente detenernos en el análisis del capítulo sobre el populismo (Casullo, 2007, p. 125-228) porque allí realiza una lectura de la categoría aplicada a las nuevas presidencias latinoamericanas a comienzos del siglo XXI, previamente a la asunción de Cristina Fernández en Argentina. Casullo piensa el *retorno* del populismo como un proyecto de fuerza popular en el contexto de la caída de la revolución como horizonte emancipatorio y de la mutación de las identidades políticas y nacionales modernas que ordenaron el escenario de la disputa ideológica a lo largo del siglo XX. Pero además lo piensa desde un diagnóstico de sociedades sobreestimuladas en sus formaciones imaginarias y representacionales por dispositivos mediáticos y tecnológicos. Por eso, sostiene, se requiere pensar la política desde ese diagnóstico cuando los detractores del populismo son los actores dominantes en los espacios de producción de imágenes y escenas que cargan de negatividad ese *retorno*.

No es muy forzoso interpretar con Casullo que se estaba frente a disputas ideológicas de las que era necesario comprender sus dimensiones culturales en la producción de hegemonías. Sucede que, asevera el autor, apropiarse de la identidad populista no era una opción viable en la lucha por los sentidos porque precisamente la carga de negatividad se asumía incluso por los propios gobiernos latinoamericanos. Insistimos: Casullo está pensando en esto poco tiempo antes del quiebre de 2008, coyuntura en la que la cuestión de lo identitario-político, sea populismo o nacional-popular, ocupe parte importante de los debates de época en Argentina. Si el gesto de la *generación diezmada* en la asunción de Kirchner tendía los primeros hilos de un lazo de memoria entre ese 2003 y la década del setenta y con él sea abría una definición de identidad que se remontaba hasta la experiencia del primer peronismo de los cuarenta, la pregunta central para Casullo era: «¿Qué historia del presente se está discutiendo cuando se discuten estas cosas, el populismo, por ejemplo?». Y su respuesta es contundente: «El populismo es hoy el riesgo de lo que hace tres décadas era el salvoconducto para el sistema capitalista» (2007, p. 195). Otra respuesta en la misma dirección:

El populismo hoy representa el anacronismo –en la lógica de una globalización que actúa como ‘Leviatán mercadotécnico ordenador’- de pertenecer a un mundo casi ido: el mundo del posible cambio de la historia, en circunstancias en las cuáles la clásica y mítica revolución socialista ya salió de escena (2007: 225).

Sucede que en la apertura que el kirchnerismo provocaba con sus gestos sobre los setenta, la juventud y el peronismo, lo que se jugaba, junto con las pasiones militantes y los revisionismos oficialistas, era su propia identidad como adscripción política. Si la memoria es siempre un acto

Question, Vol. 1, N.º 65, abril 2020. ISSN 1669-6581

Instituto de Investigaciones en Comunicación | Facultad de Periodismo y Comunicación Social | Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina

Página 11 de 16



del y desde el presente, las afirmaciones de Casullo colocaban a los populismos latinoamericanos en una situación que al tiempo que requerían ampliar las bases sociales de su legitimidad precisaban enraizarse y nutrirse en más hechos de la historia política regional. O, para decirlo con otras palabras, la disputa hegemónica del presente hace que los proyectos políticos necesiten recurrir al pasado para definir sus apropiaciones (o tradiciones selectivas en palabras de Williams), sus líneas de continuidad y, al mismo tiempo, sus nuevas apuestas en un mundo que se pretende post-ideológico.

El filósofo cordobés Diego Tatián, también miembro de Carta Abierta se preguntará precisamente por el principio axiológico central del kirchnerismo y pondrá en él a la «igualdad», siendo ese principio el que habilita un repensar acerca de la democracia. Pero Tatián se anima a más argumentando que, de allí, emerge nuevamente la posibilidad de discutir la «cuestión socialista»:

Kirchnerismo es la palabra que nombra un conjunto de condiciones para llevar adelante una “guerra de posiciones” o una disputa por los significados sociales, un “litigio” radical que involucra a la cultura toda, cuyo efecto más relevante es la activación de formas de pensamiento popular, la generación de capacidades novedosas de transformación social y de concebir otras posibilidades de vida en común (2012)

Por ese litigio radical, el filósofo trae la pregunta por el socialismo: «hay en curso un momento gramsciano en Latinoamérica», sostiene, que podría poner en tensión nuevas interpretaciones regionales de lo que se entiende por un régimen político que pretende desplegarse más allá del capitalismo. No avanza más Tatián, supone la lentitud de ese proceso y la necesidad de auto organización de la sociedad civil, pero allí queda, con la pregunta abierta en enero de 2012. A la distancia nos interesa menos discutirla que ver allí una recurrencia: ¿hasta dónde era capaz el kirchnerismo de expandir sus *voluntades colectivas* en términos gramscianos?, ¿realmente pretendía abrirse paso a nuevas formas de nombrar el régimen social deseable más allá de una visión con *rostro humano* del capitalismo? Esas inquietudes vertebrarán buena parte de las reflexiones de los intelectuales que apoyaran al entonces gobierno. En esa dirección, anclada directamente sobre la idea de disputa hegemónica, se expresó también María Pía López:

¿Qué voluntad se nombra como hegemonía? Creo que no tanto la imposición de la lógica de un sector como la capacidad de un sector de traducir, deglutir y retomar temas y valores que no han surgido de él y que sin embargo por su mediación pueden generalizarse. Dicho así, remite a un tipo de acción de retoma y generalización propias de los bloques políticos a cargo del Estado (2011).

De lo que se sigue que el partido de gobierno mostraba una clara capacidad de retomar las agendas de otras tradiciones o de demandas particulares (derechos humanos o *ley de medios*)



como ejemplos rutilantes), mostrando su voluntad de ampliación hegemónica (término que la autora prefiere al de la metáfora bélica de la *batalla cultural*). Para López se trataba de comprender cómo en la expansión vía operación hegemónica se produce la continua readecuación de las identidades políticas, tanto más potentes cuando más porosas. Lejos de ser un problema de indefiniciones doctrinarias el asunto en juego es la capacidad de reinención que suscite mayores adhesiones y bases de sustentación popular. Claro que, tomado de ese modo, quedaba quizá demasiado tendida hacia el entonces gobierno la capacidad de ampliar sus bases, asignándoles a estas un espacio específico en su construcción hegemónica. Es a lo que León Rozitchner (2015) definiría como la formación de un poder «desde arriba» que, por las causas mismas de su constitución, no se involucra en la problemática de la generación del «poder popular».

Fallecido en septiembre de 2011, Rozitchner no fue miembro de Carta Abierta ni prefirió ser asociado a una figura de *intelectual oficialista*. Según testimonios de González, el filósofo sin embargo sí participo de algunas de las reuniones iniciales del espacio. Lo que nos interesa es que dejó notas periodísticas donde se refirió al fenómeno kirchnerista. Colaborador durante décadas de revistas culturales como *Contorno* en los cincuenta, *La Rosa Blindada* y *Pasado y Presente* en los sesenta, de *Controversia* y *Crisis* en los ochenta, del *Ojo Mocho* en los noventa y los dos mil, la mayor parte de sus intervenciones políticas y coyunturales en las últimas dos décadas de su vida se produjeron en el diario *Página/12*. Rozitchner participó desde *Contorno* de las discusiones pioneras que el campo cultural se dio una vez derrocado el peronismo y de las discusiones sobre las *izquierdas* en los sesenta³. En una entrevista del 2009 Rozitchner traza una cierta analogía entre la actitud de *Contorno* y la coyuntura en tiempos del kirchnerismo. Crítico del peronismo por su organización de las conquistas populares «desde arriba» que terminan relegando la relevancia del apoyo popular, el autor sin embargo señala:

Los del grupo *Contorno*, en su momento, denunciábamos a la Revolución Libertadora y comprendimos la impotencia en que había sumido a los trabajadores el proyecto de Perón. Hicimos lo que alguno de nosotros hace ahora con Kirchner: señalar que para que aun esas medidas parciales no fracasen es necesario crear un apoyo desde las bases populares, ayudar a crear un poder activo desde abajo y pensar la realidad con otras categorías (2015, p. 435).

³ Para la reflexión sobre el peronismo puede verse *Experiencia proletaria y experiencia burguesa* de 1956. Como referencia ineludible sobre las izquierdas visitar el texto *La izquierda sin sujeto*, publicada en *La Rosa Blindada* en 1966 (Rozitchner, 2015).



Ese será su principal señalamiento al proyecto comenzado por Kirchner, señalamiento que matizado, moderado y con otras explicaciones también hará Carta Abierta: el de haber ido dejando de lado el objetivo de construcción de *poder popular* al refugiarse en las estructuras tradicionales y verticales del partido justicialista, el de no propiciar un diálogo movilizador con las bases que hubiese constituido una nueva forma de poder. Aún con esa crítica nunca abandonada, Rozitchner intervendrá en la coyuntura del *conflicto con el campo* invocando la resistencia necesaria a una «derecha campestre» (2015, p. 471) que nucleaba intereses de los sectores exportadores y de los principales medios de comunicación. Resistirles no era un acto en defensa del gobierno sino una acción con conciencia histórica respecto a los intereses que esos sectores representaban y, fundamentalmente, conciencia respecto a lo que significaba la coyuntura en términos de lucha para producir, de nuevo con ecos gramscianos, sentido común. En la batalla de ideas que algunos intelectuales cercanos al gobierno preconizaban, una de las intelectuales con las que más cruces tuvieron fue Beatriz Sarlo. Analista cultural mordaz, parte del espacio de intelectuales que en los ochenta conformaron el *Club de Cultura Socialista*, Sarlo fue fuertemente crítica del kirchnerismo, remitiéndole un fondo de sobreactuación ideológica. *La audacia y el cálculo* (2011) es el libro que la ensayista dedicara a kirchnerismo, dejando en claro desde el título su posición ya volcada ampliamente en escritos en periódicos o intervenciones televisivas. Nos interesa particularmente su lectura del kirchnerismo en los términos en que ve en él la posibilidad concreta de una hegemonía cultural:

Desde los festejos del Bicentenario, desde la reinención del combate de Vuelta de Obligado, el kirchnerismo pareció comprender, por fin, algo que Juan Carlos Portantiero señaló hace muchos años. En la crisis del Estado de bienestar, Portantiero descubría una crisis de organización de la vida cotidiana, una crisis cultural de las clases populares: con el Estado de bienestar desaparecían las instituciones que, por debajo, sostenían el día a día. Sólo hay que pensar en la villa miseria actual, donde la ausencia de Estado afecta, en primer lugar, a quienes viven allí. La hegemonía siempre implica algún tipo de organización material y simbólica. Hoy los planes sociales pautan el mundo de los pobres. Pero ahora el kirchnerismo percibe que eso no basta (2011).

Como eso no basta, entonces los dispositivos de propagación cultural del kirchnerismo (el programa televisivo *6,7,8, Fútbol para todos*, el candombe *Nunca Menos*) propendieron a producir las creencias en donde se fundamentan las legitimidades que los gobernados dan a sus gobernantes. Esas creencias y esas legitimidades son, al fin, las que instituyen una hegemonía cultural. Eso fue lo que *percibió* el kirchnerismo que, como parte de su dispositivo cultural, habrá de conformar lo que Sarlo denominó el «kirchnerismo intelectual» (2013) como fue el espacio Carta Abierta.



Conclusiones

A lo largo del texto hemos querido mostrar cómo este sector de intelectuales que se acercaron al kirchnerismo fundamentó su apoyo en las reflexiones que el proyecto les suscitaba en torno a la rediscusión de la historia política argentina y a las renovadas discusiones sobre las identidades emancipatorias, en conjunto, a un nuevo capítulo de luchas que ponían en tensión la cuestión de la hegemonía. Fueron intervenciones que acercaron las disputas por los imaginarios y los sentidos sociales a un plano de análisis predominantemente cultural. Es cierto que hicimos un recorte muy particular en el campo cultural en tanto los y las autores y autoras que trabajamos se mueven en un plano de filosofía social, que combina el análisis de las tradiciones políticas con una forma de escritura vinculada principalmente al ensayo. Por otro lado, han sido todas referencias de lo que pueden nombrarse como *intelectuales comprometidos*, que no pretendieron esquivar la emergencia de sus subjetividades políticas en los textos, ni posicionar sus voces como *expertas* para construir legitimidad de cara a la sociedad. Ambas dimensiones, la del intelectual polemista y el del ensayo como estilo discursivo, funcionan en estos autores como elementos definitorios de un mismo perfil de intervención.

El ensayo será también el registro escritural privilegiado de Carta Abierta. Dos de sus plumas principales que hemos citado, González y Forster, han hecho alusiones en distintos textos sobre este género como forma de producir conocimiento y de ser parte de los debates de época. Forster definió al ensayo como un género propio de la modernidad que estuvo principalmente vinculado a una «artesanía de la sospecha» y, por eso, a la tradición crítica (Forster, 2011). Partidario de una visión culturizada de la sociedad, donde el lenguaje pone de relieve la *apertura al mundo* de hombres y mujeres, Forster defenderá al ensayo ante el avance de los lenguajes tanto mercadotécnicos como de la hiperespecialización académica a los que buena parte de los intelectuales contemporáneos se han plegado. Una visión cercana a la de Forster tiene González (2007, p.10), quien en su continua discusión con la sociología científica de Gino Germani (que marca buena parte de su trayectoria intelectual), tenderá a revalorizar la tradición del ensayo como producción de conocimiento en América Latina. Todos los y las intelectuales a los y las que hemos recurrido insisten en no descuidar el análisis de las realidades nacionales y latinoamericanas siempre en el contexto del capitalismo internacional, pero su plano concreto de discusiones será el de las significaciones sociales. En ese nivel de la hegemonía el lenguaje es de primer orden y precisamente allí su trabajo como intelectuales es donde asume una de sus *trincheras* predilectas.



Referencias bibliográficas

- Altamirano, C. (2011). Peronismo y cultura de izquierda. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Altamirano, C. (2013). Intelectuales: notas de investigación sobre una tribu inquieta. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Casullo, N. (2007). Las cuestiones. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Forster, R. (11 de noviembre de 2010) La anomalía kirchnerista. Página/12. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-156665-2010-11-11.html>
- Forster, R. (2011). La muerte del héroe. Itinerarios críticos. Buenos Aires: Ariel.
- Gramsci, A. (2004). Antología. Buenos Aires: Siglo XXI.
- González, H. (2007). Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX. Buenos Aires: Colihue.
- González, H. (2011). Kirchnerismo: una controversia cultural. Buenos Aires: Colihue.
- López, M. P. (30 de Mayo de 2011) Batallas y Hegemonías. Página/12. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-169110-2011-05-30.html>
- Retamozo, M. (2012). Intelectuales, kirchnerismo y política. Una aproximación a los colectivos de intelectuales en Argentina. Revista Nuevo Mundo Mundos Nuevos. En Memoria Académica, disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8814/pr.8814.pdf
- Rozitchner, L. (2015). Escritos políticos. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- Sarlo, B. (4 de Marzo de 2011) Hegemonía cultural del kirchnerismo. La Nación. Disponible en <https://www.lanacion.com.ar/opinion/hegemonia-cultural-del-kirchnerismo-nid1354629>
- Sarlo, B. (2013). Los intelectuales, la tierra fértil del kirchnerismo, en Cuadernos de literatura, vol. XVIII, núm. 33, Bogotá. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=439843030001>
- Tatián, D. (31 de Enero de 2012) El kirchnerismo y la cuestión socialista. Página/12. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-186595-2012-01-31.html>
- Waiman, J. (2015). El debate sobre la hegemonía cultural kirchnerista. Revista del Programa de Investigaciones sobre el conflicto social, Vol. 8, N14, Julio-Diciembre, 118-148.
- Williams, R. (2009). Marxismo y Literatura. Buenos Aires: Las Cuarenta.